

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS



PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 48.—25 Noviembre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo.
Un número suelto, 3 rs. vn.



Escena final del drama titulado *Isabel la Católica*.

SUMARIO.

Revista de Madrid, por don Juan A. Loren y la Hoz.—Cartas inocentes, por F. (carta segunda).—El día de difuntos ante la tumba de Espronceda (poesía), por don Bernardo Lopez Garcia.—La capilla espiatoria, por don Antonio G. del Canto (continuación).—La caza del ciervo en Mobile, por E. F.—Elfride, por don Ramon Real de Mendoza (conclusion).—A... (poesía), por don Serafin Cánovas del Castillo.—Los dioses lares, por don Javier de Palacio (continuación).—Desacuerdo (soneto), por don Castor Aguilera.—Una historia de amores, por don Enrique de Galvez Cañero.—Proverbios, refranes y modismos, por don V. Joaquin Bastis.—Pensamientos.

LÁMINAS. Escena final del drama titulado *Isabel la Católica*.—El mono en el cenador.—Retrato del joven pintor Alenza.—Fachada principal de la Iglesia de Chamberí.—Fachada lateral de dicha iglesia.

REVISTA DE MADRID.

Jesus María y José.—Dime con quien andas.—Un enlace infantil.—Una mejora en los faroles.—Lope de Vega.—Variedades.—Novedades.—El Circo.—El Principe.—El Real.—La Zarzuela.

Sr. D. R. R. de Mendoza.

¡Jesus María y José! Creí que no podía hacer la revista en toda la noche, porque hace dos horas ha entrado en mi ga-

binete doña Manuela mi patrona, y ha empezado á contarme cuentos, historias y chismes con tal profusion que he hostezado sin violencia ninguna veinticinco veces. ¡Qué tipo! Está chupada de lo que habla, y hace una cadena de conversaciones infinita. Ahora me habla de un americano que tuvo de huésped que hacia gestos á una vecina muy sosa, cuya historia me cuenta acto continuo salpicada de mil comentarios malignos, luego la de la madre de la tal vecina con las causas, razones y motivos porque se casó con el padre de la sosa; despues añade:

—Y no se crea V. que era solamente á la vecina, ¡cá! Los americanos son muy malos.

De las cualidades de este americano deduce ella una regla general pecniar á todos.

Y en fin, hablando y hablando se está las horas muertas, y yo como es una señora, porque me ha dicho que es viuda de un brigadier, la escucho con la bondad que me es característica, que mi carácter es muy bondadoso. (Conste).

Así es que como habla tanto, yo mientras la oía, sin escucharla, pensaba que en materia de revistas calza mas puntos que yo, pues mientras con quince dias que revisto, apenas saco charla para media hora, ella la saca para cien de una mañana, de una tarde, de un minuto y aun de la nada, porque es un genio creador de conversaciones.

Lo que tiene es que, como todos los grandes talentos, no se sujeta á reglas, á formas, ni á trabas de ninguna clase, y salta de un asunto á otro, venga bien ó no venga á su capricho, como abeja que vá de flor en flor.

¡Qué lástima haber escrito para ella esta comparacion!

En fin, señora patrona, basta de conversacion que indudablemente la de V. es mas desagradable aún que la mia, y además me está V. impidiendo hablar de una porcion de sucesos que han tenido lugar en los últimos quince dias.

¿Pues qué ha ocurrido de notable?

Hágase V. toda orejas y escuche. Despues de decir esto me ha pesado, porque la pobrecilla ya está hecha toda orejas segun lo grandes que las tiene y vá á creer que me complazco en hacerle notar sus mas leves faltas.

Vamos, diga V.

—En primer lugar, se ha verificado en la quincena el enlace de un infante (no por lo niño) con una infanta de España.

Este asunto infantil lo ha sido algunos dias de las conversaciones generales, y tuvo efecto segun todos saben, el día 19, por ser el cumpleaños de S. M. la reina, por cuyo motivo tambien se verificó la inauguracion de la fuente reformada y corregida de la Red de San Luis, que debiera llamarse de la Reina, pues que para celebrar su feliz nata-

licio fué erigida en 1830 por el ayuntamiento de Madrid, como un testimonio de su alegría por tan fausto suceso, y para celebrar el aniversario de su nacimiento se ha reformado y embellecido.

La reforma ha consistido en lavar la cara á los delfines y geniecillos que, en buena paz y compañía con los gallegos que explotaban sus aguas, se habían hecho muy sucios por aquello de «dime con quien andas, etc.» ó por aquello otro de «quien con lobos anda...» en quitar asimismo la corteza, el gran zócalo sobre que se eleva, y en ensanchar el perímetro del pylon que, con menos elevación que el anterior, produce mas golpe de vista y un efecto mas agradable.

Mi patrona me ha preguntado, que si son estos delfines parientes del que estuvo con un zapatero, cuya historia le leía á ella en el *Conde de Monte-Cristo* un huésped que tuvo.

¿Ha visto V. brigadiera mas enredadora? por hablar no sabe que hacer. Mire V. qué tendrá que ver el *Conde de Monte-Cristo* con mis revistas, ni una cosa con otra. Para brigadiera no se le alcanzan ciertas cosas que debía comprender. Yo creo que miente la muy bellaca.

—Pero diga V., don Juanito, ¿y eso que me está V. leyendo es para los periódicos?

—Sí, señora. ¿Por qué?

—Porque casualmente estaba yo deseando dar con alguno que escribiera así en periódicos para que haga, que como antes, se pongan en los faroles los nombres de las calles.

—¿Pero V. cree que eso lo hacen los que escriben?...

—Hágalo quien lo haga, si los periódicos lo dicen, lo harán como otras muchas cosas.

—Y mire V., es un disparate haber quitado esa costumbre, tanto que yo he tenido huéspedes que se han perdido de noche por esas calles por no poder leer los nombres de ellas.

—Yo creo que tiene V. razón en eso y yo lo diré; pero será en vano, porque no lo han de hacer.

—V. dígalo, y otros periódicos lo dirán también y acaso se consiga.

—Allá veremos.

Y tenga V. la bondad de dejarme escribir, porque si he de decirlo, con otras cosas que aun están en el tintero, necesito quedarme solo, porque yo, mientras esté V. á mi lado, estoy como los huéspedes que V. ha dicho, perdido.

—Entonces, quede V. con Dios.

—¡Oh, milagro! se ha ido sin decir mas. No lo hubiera creído.

Ahora que me he quedado solo, querido Mendoza, hablaré á V. de teatros.

Los teatros están arrastrando una existencia débil y enojosa.

A escepcion de el Real, el Príncipe y la Zarzuela que han sido mas afortunados, Variedades, el Circo, Novedades y Lope de Vega, van viviendo como Dios les dá á entender.

En Lope de Vega se hizo un propósito titulado *Una bellota ó los misterios del Pardo*, escrito con espontaneidad y gracia, mas de poco interés.

También se ha hecho *Don Juan Tenorio* para esprimir esta obra como si fuera un limón, pues como dije á V., se hizo ya en el Príncipe con muy buen resultado.

En Variedades no ha podido estrenarse *La paloma torcaz* por indisposición de la señora Tenorio.

Este teatro le sostiene únicamente el señor Arjona con su repertorio especial.

En Novedades, *Isabel la Católica* es la obra que mas se ha ejecutado.

Para que pueda formarse idea de lo que debe ser una de las escenas que allí se parodian, y poder establecerse y observar el contraste, repare V. la adjunta lámina que ofrecemos á nuestros suscritores en el presente número.

En el Circo se estrenó la zarzuela nueva en tres actos *A cual mas feo*, cuyo asunto conoce el público por la comedia *El hombre mas feo de Francia*: ha tenido poco éxito porque vale poco segun la opinion general.

En el Príncipe se ha hecho todavía *El sol de invierno* que ha dado constantemente muy buenas entradas, lo cual justifica el mérito de esta linda comedia, que á pesar de sus buenas formas, belleza y gracia hay quien la encuentra ó la quiere encontrar defectos que no tiene.

En el Real se ha presentado el distinguido artista español, concertista de piano, don Juan Bautista Pujol, que demostró grande ejecución en las fantasías de las *Visperas* y el *Trovador* y en la gran galop de concierto.

Tiene un notable buen gusto y el público le hizo entender con sus aplausos que le encontraba á la altura de su reputación.

La señora Charton Demeur, los señores Belart, Róvere y Bouché fueron aplaudidos en el acto tercero del Barbero a noche que se presentó el señor Pujol.

También en la Zarzuela se ha presentado un tocador de guitarra que indudablemente se muestra admirable; mas el gusto del público está gastado ya en esta clase de espectáculos.

Ha estrenado este teatro las zarzuelas *Doña Mariquita* y *A Rey muerto*. La primera se ha hecho pocas noches porque la protagonista es un tipo repugnante que al público no le gusta ver en escena, y además porque la parte sencilla y buena de las personas que la escuchan, se quedan á oscuras (y Dios haga que nunca vean esta clase de luz) de los chistes y significativas palabras en que abunda, que si se oyen con frecuencia en el café, se escuchan raras veces en el seno de la familia.

Lástima grande que su autor que tiene facultades para hacer obras de mas importancia, distraiga su talento y ocupe su tiempo con piezas de esta índole.

A Rey muerto ha gustado mucho por varias razones: primera porque está lleno de alusiones políticas que en cuanto el público presente aplaude, no porque sean chistosas, que lo son y mucho, sino porque son políticas. Como el vulgo no entiende esta materia, se encuentra lisonjeadísimo con que le hablen de ella, y solo así se comprende

aplauda alguno que otro chiste que envuelve ideas que no suelen ser muy del agrado del vulgo.

El protagonista, que es un empleado gracioso (porque es Caltanazor) con ocho mil reales de sueldo, dice:

Tengo de la nacion
ocho mil nada mas.
No es conmigo la union
muy liberal.

Y la segunda razon que tiene el público para aplaudir tanto esta zarzuelita, es que está escrita con un esquisito gusto literario y con las facultades que son ya reconocidas en su autor el señor Rivera.

La música de Oudrid es muy linda y agradable, y pues á la música llegamos, quede V. con Dios que yo me voy á otra parte con ella.

JUAN A. LOREN Y LA HOZ.

CARTAS INOCENTES.

CARTA SEGUNDA.

«De la influencia de los telégrafos eléctricos y de las sociedades mercantiles en el amor.»

Querido Mariano: Me ruegas que mitigue el aburrimiento de tu estancia en las playas del Africa contándote algunas *historias de andante caballería* ó de armas. ¿Cómo podré yo distraer tu fastidio, si también me hallo dominado por él? Solamente puedo dirigirte mis pobres *cartas inocentes*, pero temo que en vez de aliviarlo agraven tu *spleen*. De todos modos, tu lo has querido y allá van. No son historias de amor ni aventuras guerreras las que contienen, son tan solo un trasunto de lo que veo y de lo que escucho referir; narraciones del día que trascibo en cuanto llegan á mí y tal como llegan, ora bajo la impresión de tristeza que en mí hayan despertado, ora grotescas y ridículas como me las refirieron; cuentos de café, historias que sostuvieron una conversación de tertulia próxima á extinguirse.

Sin duda leiste la leyenda de los besos de Frank y Gretchen. Pues escucha hoy las aventuras de un *gentleman*, tal como me las contaron la otra noche en el Suizo, entre sorbo y sorbo de café.

Oye, y tiembra.

I.

Una de las cosas que el viajero no debe dejar de ver en Burdeos, es el teatro. Confieso que, aunque me pareció pequeño, no he visto otro mas bonito ni que mas me haya gustado.

Idéntica opinion formaba de él el joven Arthur Macfferson, que, cómodamente repantigado en su asiento de platea, escuchaba complacido en extremo la preciosa música de la ópera cómica titulada *Galatea*, que en la noche á que me refiero se cantaba en el mencionado teatro de Burdeos.

Pero preciso es confesar, en honor de la verdad, que no todo el placer que sentía Arthur Macfferson, era producido por la música de Galatea. Ese placer nacía en gran parte de la contemplación continuada, á que nuestro héroe se dedicaba, de una preciosa joven de ojos negros y rostro de mármol de Páros, cercado por el marco de una opulenta cabellera azabachada. El linfático inglés había sentido derretirse, ante el encanto de la mirada de la joven, la capa de hielo que hacia invulnerable su corazón, y hubiera podido decir como aquel otro compatriota suyo de una zarzuela:

—¡Ah! ¡mi sentir una emossion!

Pero Macfferson tan solo decía para su capote:

—¡Oh! ¡como la miss aquella estar guapo! Mi amar ella very much.

Mientras tanto Galatea cantaba el célebre brindis:

—¡Ah! verse encore,
vidons l'anphoré...

pero el inglés se había entusiasmado tanto que no oía ya la música.

Arthur Macfferson era como no podía menos de ser, alto, delgado, tieso como una estaca, con ojos parados y de color gris claro, con lácias patillas rubias, y sin espresion alguna en la fisonomía. Un pantalon estrecho y á grandes cuadros, un chaleco de la misma tela, y un frac color de castaña formaban su traje, que completaba un sombrero de muelles, que llevaba debajo del brazo.

¿Cómo se hallaba el hijo de la nebulosa Albion nada menos que en Burdeos? Había ido con una comisión de la casa Macfferson, Pakinton y compañía, y evacuado el negocio debía regresar en el primer tren del día siguiente, y tomar en Calais el vapor que debía conducirlo á Londres. Y en verdad que el pobre joven sentía en aquel momento tener que dejar tan pronto á Burdeos, y con Burdeos á la bella Miss objeto de sus miradas.

Al fin la pobre Galatea volvió á convertirse en estatua y cayó el telon. Macfferson empujó el resorte de su sombrero *gibus*, se lo puso, y saliendo del teatro se colocó á la puerta mas serio y cuadrado que un centinela, á esperar la salida de su Miss. Esta no tardó en aparecer y se metió en un coche de alquiler. El inglés se apresuró á colocarse en otro, diciendo al cochero:

—Ir ese coche detrás.

El auriga comprendió, no estas palabras, pero sí la seña que las había acompañado. Cuando el coche de la Miss se paró, paróse también el que conducía á Arthur. La joven y su madre bajaron, pagaron y entraron en una casa, cuya puerta se había abierto al sentir llegar el carruaje. Macfferson, una vez que hubieron desaparecido, se atrevió á

salir de su coche y fué á ver el número de la casa. Pero en la puerta encontró una placa de laton en que se veía grabado el siguiente letrero:

Menard, Latuvert y compañía.

—La Miss estar en el comercio, murmuró con júbilo el inglés, apuntando en su cartera esta razon social.

Y volvió á meterse en el coche, dando las señas de la fonda en que paraba.

II.

Al día siguiente Arthur Macfferson salía de Burdeos en el primer tren para Paris. Al inmediato llegó á Londres con una travesía feliz; y tuvo el placer de abrazar al autor de sus dias, jefe de la casa Macfferson, Pakinton y compañía.

Dos dias despues la casa Menard, Latuvert y compañía recibió el siguiente parte telegráfico.

Londres, etc.

«Macfferson, Pakinton y compañía piden la mano de Miss Menard, Latuvert y compañía. El novio tiene ochenta mil libras esterlinas y un veinticinco por ciento en las utilidades de la casa.»

Contestacion:

«Menard, Latuvert y compañía se creen muy honrados con la proposicion de Macfferson, Pakinton y compañía; y se apresuran á conceder la mano de Mademoiselle Latuvert. Pero esta desea ver á su futuro antes de comprometerse. La dote es de quinientos mil francos y una quinta en la Ferte.»

Una semana despues llegó de nuevo á Burdeos Mister Arthur Macfferson. Almorzó, se puso de chaleco y corbata blanca, de pantalon negro, y el consabido frac color de chocolate, y se dirigió á casa de Menard, Latuvert y compañía.

Mademoiselle Latuvert se hallaba sumida en una profunda perplejidad. El parte telegráfico en que se pedía su mano no especificaba si el novio era Pakinton ó Macfferson. Este último nombre disonaba al oido de la señorita Latuvert y la atacaba á los nervios.

—Decididamente, se dijo, si el novio es Pakinton le admito y si es Macfferson le doy unas solemnes calabazas.

Así es, que en el momento en que el lacayo anunció:

—Mister Arthur Macfferson.

La Latuvert frunció el entrecejo y el pobre inglés fué condenado.

Efectivamente, á poco de terminada la visita, el infeliz Macfferson recibió en la fonda la siguiente contestacion:

«Los señores Menard, Latuvert y compañía, nunca han protestado una letra, pero se ven hoy en la imposibilidad de cumplir su compromiso con la casa Macfferson, Pakinton y compañía, por negarse Mademoiselle Latuvert á ser mistress Macfferson.»

El malaventurado Arthur se apresuró á abandonar el teatro de su desgracia. El spleen se apoderó de él y no hace mucho que el *Morning Chronicle* anunció que había puesto fin á sus dias, disparándose los seis tiros de un revolver.

F.

En uno de los últimos números dimos cabida á una bellísima poesia de nuestro amigo el señor Lopez Garcia. Hoy ofrecemos y llamamos la atencion de nuestros lectores sobre la que á continuacion insertamos, mas bella aun y de una entonacion y mérito indisputables. Reciba su autor como un tributo de justicia que le consagramos en estas líneas, nuestro sincero parabien.

Por no habérmola remitido á tiempo, no se ha podido insertar oportunamente.

EL DIA DE DIFUNTOS

ANTE LA TUMBA DE ESPRONCEDA.

I.

Esa es su tumba.... su cadáver frio descansa en paz; un grito delirante lanzó diciendo: «*el universo es mio!*».... y hoy.... polvo solo es; la noche oscura del incierto no ser guarda sus restos cobijando su humilde sepultura. Ni una luz, ni una flor, ni una corona en su tumba se vén; pasan y pasan las turbas silenciosas sobre otras urnas derramando rosas, y no vé el alma inquieta acercarse una forma dolorida á rezar en la tumba del poeta.

II.

Mas yo llego hasta tí, sombra querida; cuando la infancia me dejó, inocente tus cantos escuché; del sol divino un rayo se posó sobre tu frente que hirió mi corazón, y el alma mía, el mundo comprendió que tú soñabas, cuando en alas del genio te elevabas por la desierta inmensidad sombría: ¡Oh! ¡cuánto te admiré!.... ráudo, sin tino, cruzando arrebatado por tu inmenso y magnífico camino, vi otros mundos flotar; de otros placeres

la copa embriagadora
á mis labios llevé, y el dulce aliento
aspiré de las vírgenes mugeres
que arrojaba en tropel tu pensamiento.
Y yo.... monarca allí solo y sin freno
escuchaba con bárbara alegría
himnos de gloria só la frente mía,
y allá á mis plantas retumbar el trueno;
¡y volaba! ¡y volaba!....
y flotando en confuso remolino
el horizonte inmenso se ensanchaba....
y nunca en mi camino
un obstáculo hallé, y el pensamiento,
cruzaba arrebatado
teniendo en su carrera
el sol por carro, por corcel el viento,
por pedestal, la humanidad entera!....

III.

Y luego desperté; pequeño, humilde
me vi en la tierra; á mi alrededor giraban
otros seres cual yo; de sus amores,
busqué el florido eden, y la mentira
me salió á recibir; entre las flores
que brinda la amistad hundí la frente,
y espinas dolorosas la ciñeron;
de pena amargo lloro
por mis ojos saltó, y al fin.... demente,
maldije, al ver á la mezquina gente
rindiendo culto á la ambición y al oro.
.....

IV.

Entonces escuché tu voz doliente;
el arpa funeraria
alzaba entre el delirio una plegaria
perfumada en el ámbar de tu frente;
llorabas tú; la tumba removida
estaba aun á tus pies; allí guardada,
quedaban para siempre
tu fé, tu amor, tu inspiración sagrada.
¡Teresa!... con amante desvarío
esclamaba tu voz, y allá lejano,
el dulce nombre de tu dicha hermano,
cantaba el mar y murmuraba el río;
en golfos de dolor el laúd bañaste,
y un poema de lágrimas sin cuento
el mundo recogió; triste poema
que agita al pensamiento,
opreme el corazón, y el alma quema.
Escuchando tus quejas, un recuerdo
vino á herir mi razón; también la tumba
guardaba de mi amor restos queridos....
¡mi madre!... y yo infeliz al oír tus ecos
por la desgracia heridos,
llorando repetía....
sí con tan dulce acento yo cantara,
el nombre de mi madre cantaría.

V.

Mas ya la noche plácida y serena
por las montañas viene; en los sepulcros
la paz vuelve á reinar; vuelve el silencio
tras de la turba de recuerdos llena
que corre en polvoroso remolino
á sus dulces hogares; ya la luna
envuelta de la noche en el misterio,
empieza su camino
con su lumbre bañando el cementerio;
calló su voz la humanidad doliente;
perdió su aliento el áura enamorada,
y la campana que aturdió mi mente
también se duerme de llorar cansada:
su cáliz abren las risueñas flores
al beso de las sombras, y entretanto
la mano del pasado triste y fría,
cava la fosa al espirante día.
¡Todos se van!.... las lágrimas se secan
fuera de los sepulcros; la ventura
se alza tras el dolor, y ¡ay! indecisa
vá borrando una plácida sonrisa
el llanto que arrancó la sepultura.
Se fueron ya.... silencio, paz, y calma....
el mundo duerme cual cansado atleta;
¡brisas de muerte.... refrescad el alma
que no cabe en la frente del poeta!
Allí la humanidad.... aquí.... el olvido;
allí el placer que al corazón pervierte;
aquí el descanso para el pecho herido:
allí la vida.... á mi alrededor la muerte.
Aquí el mañana pavoroso y frío
puerta de un mas allá que el hombre espera;
aquí la inmensidad; aquí el vacío;
la ciudad de las tumbas, que severa
confunde el polvo del que en carros de oro
la púrpura arrastró, con el impuro
de la ramera vil, que en honda guerra
con la santa virtud, bajó á la tumba
á ocultar su rubor bajo la tierra.
Allá lejos los ecos de la orgía;
gritos de maldición, besos traidores,
acentos de alegría,
sarcasmos, esperanzas y dolores.

¡Aquí.... solo el ruido
sordo, lento y tenaz, con que inhumanos
en turba miserable y asquerosa,
se arrastran los gusanos,
buscando en su ansia inquieta
el seno de la hermosa
ó la apagada frente del poeta!

VI.

¡Cantor del mundo... adiós! duerme tranquilo;
indiferente, por tu losa humilde
pasó la humanidad; tú la cantaste,
y ella te olvida! compasión tan solo
inspira al alma su desden profundo;
te olvida á tí, que desde polo á polo
dominastes el mundo
diciendo con fiereza:
«cuanto abarca mi frente poderosa
des mezquino escabel de mi grandeza.»
¡Pobre generación! indiferente
ha de cruzar mañana
otra generación sobre tu frente.
¡Quién sabe! acaso el mundo
escucha aquella voz altiva y clara
con que arrogante un día
le arrojaste sus vicios á la cara
y teme, ante tu losa,
ver alzarse tu sombra gigantesca
mostrando por enojos
á sus necios y míseros agravios,
el desprecio valiente de tus ojos
y la amarga sonrisa de tus labios.
¡Adiós, poeta! si mi triste canto,
tu paz vino á turbar, mi voz perdona;
es que quise dejarte una corona
bañada con las olas de mi llanto;
por tu amor la tejí, y ahora sin calma
la pongo en tu sepulcro.... ya me alejo;
¡adiós! ¡adiós! en mi corona dejo
todas las flores que encontré en el alma.
¡Las lágrimas se agolpan á mis ojos
al contemplar tu losa funeraria!...
¡Solo.... nadie ante mí!.... ¿pero qué importa
ese desden profundo,
con que mezquino te desprecia el hombre,
si tengo yo para guardar tu nombre,
un altar tan gigante como el mundo?

BERNARDO LOPEZ GARCIA

LA CAPILLA ESPIATORIA.

POR D. ANTONIO G. DEL CANTO.

(Continuación).

Apenas el duque se presentó en aquella estancia de violencia y de escándalo, la desgraciada niña se arrojó á sus pies en el mayor desorden y en un delirio imposible de definir. Le rogó bañada en lágrimas, que no la obligase á entregarle su mano, cuando no podía darle con ella su corazón: que fuese grande y generoso, que no sería caballero si abusaba villanamente de la debilidad de una muger con otras mil frases, ya humildes, ya amargas é injuriosas, hijas todas de la exaltación de su cerebro y de la fiebre que la abrasaba.

Pero el desmoralizado duque, sin dignarse siquiera levantar del suelo á la hermosa, se adelantó hácia donde estaba el conde diciéndola al mismo tiempo, que le era imposible atender á sus lágrimas: que á la altura á que habían llegado los acontecimientos ya no podía retroceder: que remitía al tiempo el encargo de calmar la pasión que le consumía y la cual estaba seguro que no era mas que un capricho pueril. Que le importaba poco que no le entregase su corazón, pues él sabría hacerla buena esposa cuando fuese duquesa de San Roman.

La infelice Blanca conoció que su suerte estaba decretada, cuando se vió colocada entre aquellos dos hombres brutales; pero recobró algunas fuerzas y un tanto de esperanza, cuando vió entrar en el salón á la condesa, á su tía, al escribano y los dos testigos.

Se dirigió á ellos pidiendo favor, pero en vano. Aquellas almas virtuosas pero tímidas las unas, y vendidas al duque las otras, no se atrevieron á interponer una sola mirada entre la víctima y los verdugos.

El conde invitó al duque á que firmase, lo que ejecutó con diligencia y una especie de complacencia brutal: firmó él en seguida y dió luego la pluma á su esposa, quien firmó empapando en lágrimas el contrato. Siguiéron luego los dos testigos, y últimamente el conde dijo á su hija con un tono de furor reconcentrado:

—«¡Firmad!»

¡Infelice víctima! ¡Ya sus fuerzas se habían agotado, y se encontraba impotente para luchar con dos hombres que no titubearían en derramar su sangre inocente sino se sacrificaba ante las aras de sus lúbricos y ambiciosos deseos!

Arrojó una mirada desolada á todos los concurrentes como pidiendo defensa contra aquellos dos seres desnaturalizados; pero viendo que todos bajaban los ojos con temor, aunque con compasión, manifestándola en sus miradas furtivas que ya no tenían ninguna esperanza, la desgraciada niña haciendo el último esfuerzo, dió un grito desesperado diciendo:

—¡No hay en el mundo quien me ampare!...

—Si: yo te defenderé.

En este momento se abrió como impelida por un huracán la puerta de la galería que comunicaba con el jardín, y apareció en ella la imponente y amenazadora figura del marqués de la Lealtad, brillando en su mano la hoja de su espada teñida de sangre.

De un salto se colocó al lado de la interesante Blanca, que al ver á su amante se había desmayado en los brazos de su madre.

El estupor que produjo su imprevista y milagrosa llegada, fué tan repentino que dominó por un momento á toda la concurrencia, incluso el conde, y aprovechándose el marqués de aquel súbito anonadamiento, se precipitó sobre el contrato, y haciéndole pedazos con furor, le arrojó á la cara del duque, diciéndole con insolente desprecio:

—Tomad, mal caballero: lo mismo que ese papel haré pedazos vuestro cobarde é hipócrita corazón, y si no quereis que os escupa en el rostro, habeis de darme una prueba de vuestra nobleza y osadía, aceptando un combate á muerte para dentro de veinte y cuatro horas.

El duque ardiendo de ira y celos, tiró de su espada que al momento fué á cruzarse con la del huérfano.

—Ahora mismo, dijo el duque; ahora mismo he de tener el placer de firmar mi contrato de boda con la sangre de vuestras venas.

Rudo combate había principiado entre los dos, pero colocándose el conde con su espada desnuda en medio de los combatientes:

—Teneos, señores. Basta, amigo duque. Á mí me toca tomar reparación de esta ofensa. No me priveis del placer de castigar á este insolente que como un bandido se ha atrevido á profanar el sagrado asilo de mi familia, para oponerse locamente á los actos de mi vida privada. Señores, dijo dirigiéndose á los testigos, tened la bondad de dispensar por este inaudito desacato cometido en vuestra presencia; pero os aseguro que quedareis satisfechos de mi justa venganza.

Retiráronse los testigos, el escribano y las damas, llevando dos doncellas á la desgraciada Blanca que aun continuaba sumida en un profundo letargo.

Durante esta escena se veía asomarse de cuando en cuando por la puerta del jardín, que era la que había abierto tan estrepitosamente el marqués, una frente pálida como la muerte, en cuyos músculos se hubiera podido distinguir fijando un momento la vista, una horrible contracción.

Aquella frente era la del fiel Hernán que sostenía la lucha mas violenta que puede agitar á un mortal.

Temía por una parte faltar á la palabra que había prometido al primer monarca del mundo, y por otra iba á ser frío espectador del crimen mas horrendo, del parricidio mas espantoso, estando en sus manos el evitarlo.

Decidir cuál hubiera sido su resolución, si el conde no hubiese evitado que continuase aquel impío combate, sería profundizar demasiado los misterios del corazón honrado y virtuoso.

X.

En la mañana de esta noche que tan borrascosa se presentaba para el duque de San Roman y para su hijo, se había alojado este, según os he manifestado antes, en una de las mejores casas de la corte.

Embragado con el triunfo que creía haber alcanzado sobre el duque, y creyendo asegurada la tranquilidad de Blanca, al menos hasta el regreso del emperador, del cual no dudaba alcanzar la posesión de su idolatrada hermosa, no pensaba mas que en el porvenir de felicidad que se presentaba á sus ojos, sin que la mas ligera nube viniese á empañar sus deliciosos sueños de ventura.

Su generoso y caballeresco corazón era incapaz de sospechar que las palabras del duque habían sido dictadas por la mas refinada hipocresía. Así es, que pasaban para él las horas tan veloces, como pasan los momentos en que el niño corre tras una pintada mariposa en una pradera matizada de flores.

Pero no sucedía lo mismo á Hernán, el cual pasado el primer momento de alegría causado por el plácido desenlace de la escena que había tenido lugar entre padre é hijo, se entregó á una profunda meditación acerca de los motivos que habrían obligado al duque á cambiar repentinamente la cólera en dulzura y el odio en cariño.

Por mas ideas que revolvió en su mente, no podía encontrar ninguna que le condujese al resultado que deseaba; pero á pesar de esto, su corazón no estaba tranquilo y le gritaba que el duque tramaba alguna nueva maldad. En su consecuencia creyó oportuno observar lo que pasaba en el palacio del duque, y aquella misma tarde dió principio á su honroso espionaje.

Poco tardó en asegurarse de que no le había engañado su corazón, pues apenas se había apostado en una esquina que dominaba las dos salidas principales del palacio de San Roman, vió salir una litera por la puerta principal.

Creyendo ver en aquella litera el principio de la trama que había pronosticado, de esquina en esquina y de calle en calle, fué siguiéndola á distancia conveniente procurando confundirse entre la multitud que pululaba por todas ellas.

Detúvose fuera de una de las puertas de la corte en un paraje oculto y desde el cual se podía ir á la quinta de Sandoval dando un pequeño rodeo.

Entonces adivinó con la feliz sagacidad que le era peculiar, máxime cuando se trataba de emplearla con el objeto de hacer bien, el motivo de la detención de aquel vehículo.

Tomó la precaución de asegurarse de que no había ninguna persona dentro, y en seguida regresó precipitadamente á su casa, y sin decir nada de lo que había visto al marqués, ensilló los caballos.

Después de haber preparado cuanto creyó necesario para una repentina salida, volvió á colocarse en un paraje oculto

desde donde podía ver sin ser visto, qué significaba la detención de aquella litera.

No tardaron en quedar satisfechos sus deseos, pues á poco tiempo de haber oscurecido vió venir al duque, á quien conoció perfectamente á pesar de ir en bozado hasta los ojos, siguiéndole á corta distancia su ayuda de cámara Nuño.

Llegar al vehículo, subir á él despues de haber hablado en voz baja al conductor y partir por un camino poco usado, pero que podía conducir á la quinta de Sandoval, fué obra de muy pocos momentos.

Hernán dudó por un instante de la resolución que tomaría en tan críticas circunstancias, pues aunque de antemano estaba resuelto á avisar al marqués apenas llegase este caso y para él cual y no perder tiempo, había ensillado con anticipación los caballos, temía con razón el primer arrebato de su señor y le aterraban las consecuencias funestas que podría tener el participárselo tan inesperada y repentinamente, que tal vez ya no habría tiempo para salvar de las garras del milano á la dulce paloma que era en el mundo su dicha y felicidad.

Veía también por otra parte la fatal trascendencia que podría traer el que el duque se ciñese los laureles de su hipocresía, tanto porque la ignorancia de su señor no podría durar mucho tiempo y su furor sería entonces tanto ó mas violento, cuanto porque tal vez no estaba lejos el día en que ambos rivales supiesen los lazos que los unían; y si el duque era ya esposo de Blanca, no podría haber nunca entre ellos una reconciliación franca y un cariño duradero, lo cual haría mas desgraciada á la inocente Blanca.

Después de haber hecho esta reflexión, se decidió á seguir su primer impulso y partió velozmente á participárselo al marqués.

Inexplicable fué la angustia de Carlos al ver entrar á Hernán en su cámara, casi sin aliento, cubierto de sudor y pintado en su semblante el temor y la tristeza. Le preguntó por fin con el mas tierno cariño por la causa de su agitación.

No se figuraba el infeliz que podía ser él el motivo de aquel desorden de su criado, y Hernán que conocía el golpe que iba á dar á las ilusiones de su corazón inocente, hubiera deseado morir en aquel momento antes que ser el órgano por donde tuviese que saber la desgracia que le amenazaba. Pero en vista de las instancias del marqués, y conociendo que si tardaba en decirle lo que había visto podía dar tiempo al duque para consumar su perfidia, se decidió á tartamudear estas palabras:

—Acabo de ver partir al duque misteriosamente para la quinta de Sandoval.

El rayo que se desploma con horrendo estampido en medio de la tempestad y desgaja la encina á cuyo pie se ha guarecido el caminante, no causa en su alma una emoción tan violenta como la que causó al marqués tan infausta noticia.

Aturdido, convulso de rabia y centelleando sus ojos, gritó con voz de trueno:

—¡Hernán, mi espada, mi daga y un caballo!

Hernán que obedecía maquinalmente, le presentó la espada y la daga, que se ciñó el marqués al mismo tiempo que bajaba á saltos como un tigre, la escalera.

Montó á caballo, y sin notar que le seguía su fiel criado, cruzó en un minuto el espacio que separaba su casa de la puerta que daba salida á la quinta de Sandoval.

El fogoso corcel volaba por medio de árboles, peñas y barrancos, á pesar de la oscuridad de la noche.

Cualquiera que hubiera visto aquellas sombras deslizarse entre las tinieblas con la velocidad del rayo, sin oír mas que el galope de los caballos, ni ver otra cosa que las chispas de fuego que salían de la tierra siempre que chocaban las herraduras contra algún guijarro, hubiera creído ver el demonio exterminador huyendo del Arcángel, ó la discordia y el genio del mal que se disputaban la gloria de llevar primero la guerra y la desolación á algún remoto paraje del universo.

En algo menos de una hora cruzaron las dos leguas que dista esta quinta de Madrid.

El marqués llegó mucho antes que Hernán, y habiendo encontrado cerrada la puerta principal, se propuso derribarla con sus espaldas, pero sus hercúleos esfuerzos se estrellaron contra los fuertes goznes y contra las barras de hierro que la sostenían por el interior.

¿Habeis observado la rabia del herido javalí, cuando rodeado por los perros y cazadores y aturdido con sus voces y ladridos principia á dar vueltas buscando una salida, y no hallándola parte de frente y hiere, mata y destroza cuanto encuentra á su paso?

Pues así el marqués principió á correr alrededor de la



El mono en el cenador.

muralla de la quinta, hasta que logró escalarla con el auxilio de su caballo y de Hernán, que ya había llegado. Saltó en el jardín, dió muerte á Lope que estaba encargado por el conde de asesinarle, y que quiso ejecutarlo cuando le vió dentro, y se presentó en el salón en el momento en que Blanca imploraba defensa contra la violencia de su padre.

Hernán hizo la misma operación que su amo; pero antes tomó la precaución de atar los caballos en un paraje escondido para tener segura su retirada: en seguida se fué á colocar en la galería inmediata al salón, desde donde podía oír cuanto se hablase y observar todas las consecuencias de aquella violenta entrada.

XI.

Apenas quedó despejado el salón preparado para celebrar el contrato de Blanca, el conde de Sandoval con los síntomas mas terribles de cólera, y con calma feroz y mas terrible todavía, le dijo al marqués:

—Ahora, insolente mancebo, es preciso me digáis qué habeis venido á buscar en mi casa.

Y dando mas energía á sus palabras á proporcion que su cólera iba aumentando, exclamó:

—Imposible me es concebir de donde habeis sacado tanta osadía, para atreveros á romper un papel donde las firmas mas ilustres de Castilla estaban estampadas. ¿Fundais acaso vuestro valor en la protección que os dispensa el Emperador? Pues bien, para que conozcáis que no me arredra vuestra osadía, ni el poderío de vuestro protector, voy á castigaros como á un villano, ya que no os podeis batir conmigo por no ser ni noble ni caballero. Voy á llamar á mis lacayos para que os arrojen de mi casa como á un bandido y os entreguen en mano de la justicia. Bandido, sí, dijo empuñando con fuerza la espada al ver un movimiento de cólera de Carlos, pues no debe considerarse de otra manera el que asalta la casa de un noble con una espada en la mano para sorprender los secretos de su familia.

La lividez cadavérica de las facciones del marqués había ido progresivamente aumentando á medida que el conde lanzaba tan terribles injurias, y por mas esfuerzos que hizo para sufrirlas resignado, no pudo contener una explosión de furor que al fin salió de su noble pecho.

—Dios solamente, señor conde, ha podido disponer que oiga vuestros ultrajes teniendo una espada en la mano, sin haberos cortado con ella la lengua. ¡Yo un bandido!... ¡Yo!... señor conde, ninguna distancia nos separa. Si vos os titulais conde de Sandoval, á mí me llama el Emperador marqués de la Lealtad... Pero... podeis decirme impunemente cuanto queráis, pues nunca mancharé mi espada con la sangre del padre de mi adorada.

(Se continuará).

LA CAZA DEL CIERVO EN MOBILE.

(ESTADOS UNIDOS.)

A 60 millas N. O. de la ciudad de Mobile, en la frontera del estado de Mississippi y Alabama, existen bosques in-

menos de pinos entrecortados por largas sábanas que cruzan un riachuelo formado con las aguas que destilan las colinas circunvecinas, y cuyas aguas dan á la vegetación una frondosidad desconocida fuera de las latitudes tropicales. A uno y otro lado, y aun en medio del riachuelo, se levantan en mucha cantidad cipreses, laureles, tulipanes, álamos magnolias, etc., mezclados unos con otros, y enlazados por lianas, que tienen por partes mas de cien varas de longitud. De estas lianas, muchas están llenas de espinas, y otras son venenosas al tacto. Naturalmente se imagina que es un asilo impenetrable, donde todos los animales salvajes como el lobo, el ciervo, el zorro, y algunas veces el oso y la pantera hallan su subsistencia y un abrigo contra los ataques siempre crecientes de los americanos.

Por efecto de la naturaleza del suelo, y la falta de comunicación, estos pinares existirán largo tiempo inhabitados. En las laderas el terreno es de una arcilla guijarrosa que no soporta mas que abetos enormes, y algunas encinas que viven con pena bajo aquella bóveda.

Las vertientes se componen, la mayor parte del tiempo, de una tierra resbaladiza y húmeda, sujeta en invierno á frecuentes inundaciones, y cubierta de un pasto poco sustancioso,

aunque la yerba llegue algunas veces á la altura de siete pies. Cualquiera de estas laderas se puede elegir para campamento cuando se vá de caza, porque todas son muy á propósito.

Una vez llegados á través de algunas dificultades que oponen los árboles caídos y otros obstáculos, las tiendas se arman, el fuego se enciende, y despues de una cena compuesta de las piezas muertas en el camino, y antes de tenderse sobre el mullido lecho de hojas secas, cubiertos con una piel de búfalo ó un sencillo cobertor de lana, se acuerda por dónde ha de comenzarse la caza, y quién ha de ser el driver. El driver es el que dispone la caza y dirige los perros.

Al rayar el día, todo el mundo está en pié.—El tocador no es largo.—Un pedazo de carne asada, algunos bizcochos, café sin leche, constituyen el almuerzo. Las escopetas de enorme calibre están cargadas con doce ó diez y seis balines. Todos llevan en su silla dos correas, el cuchillo de caza en el bolsillo, y un cuerno de buey pendiente de los hombros de un cordón de lana. Este cuerno es el cuerno de caza del país. La partida se divide en dos bandas: la una atraviesa el riachuelo junto á cuya corriente va á verificarse la caza, y que se forma en cuarto de círculo, la otra toma la misma posición, formando así una media luna, cuyo centro ocupa el driver.

Su oficio es el mas duro, pero también tiene mayores probabilidades de tirar, por la posición que ocupa y la colocación que ha dado á los perros. Con efecto, poco tarda en saltar un ciervo, y hostigado por los perros sale de la espesura donde se abrigaba—pero que ahora no le deja correr fácilmente,—recibe el primer tiro del driver, y si este no lo acierta, otro cazador le sucede y otros sucesivamente á doscientos pasos colocados. Como el ciervo tiene la costumbre de dirigirse á la colina, sufre el fuego de toda la línea colocada en la parte de donde él ha salido. Ocurre algunas veces que se levantan dos ciervos á la vez, y que huyendo en dirección contraria, permiten á ambas bandas el tirar. Si el ciervo no ha sido herido, se le echan los perros, que se precipitan en su persecución al son de los cuernos. La línea se reforma y la caza continúa. Si algún tirador hiere la res cosa que puede conocer en un movimiento brusco de la cola del ciervo, parte al galope, gritando hacía el ciervo, que los perros han derribado ya, y que si es macho viejo, se defiende con su cornamenta y las pezuñas, cuyas puntas agudas cortan como cuchillos; entonces el cazador se apea, y por medio de un corte en el cuello pone fin á su vida. El feliz cazador arranca las entrañas y le corta la cabeza á la víctima, y le ata ayudado de sus compañeros á la silla del caballo, por medio de las correas de que hemos hecho mención. El día se pasa así, hasta que el sol desapareciendo del horizonte, anuncia con su ausencia que ha llegado la hora de volver á las tiendas. A la señal dada por el driver, todo el mundo se pone en camino. No es raro regresar con una docena de ciervos atados á la grupa de los caballos, ó cargados en uno que ha conducido un negro con provisiones para el alto del medio día. La partida suele componerse de ocho personas, y si escasea de este número, suele dividirse en dos, cada una con su driver, tomando direcciones opuestas, y entre las cuales se establece una natural rivalidad sobre quien volverá con mas botín de la batida.

Los ciervos no viven siempre en lo mas espeso, aunque este sea el sitio mas seguro de encontrarlos. Ocurre mu-

chas veces que el ciervo sale al extremo del ala con mucha sorpresa del jinete que la ocupa, y cuyo tiro, por esta circunstancia, y el asombro del caballo, es de los mas inciertos. Otras, tambien, el ciervo deja pasar al cazador, y se conserva oculto detrás de él. Tirar hacia atrás revolviéndose en la silla, es un tiro hermoso, pero es mucho mejor el tiro doble que algunas veces se ofrece contra dos ciervos que corren en direcciones opuestas. Para esto se necesita una gran práctica, porque uno de los tiros se tira apoyando la escopeta en el hombro izquierdo. Y sin embargo, la manera mas segura de tirar á un ciervo que desfila por la derecha, es apoyar la escopeta en el hombro izquierdo, porque el caballo no se vuelve muy pronto, ó no se reposa fácilmente despues de un movimiento brusco, por bien enseñado que esté á pararse al *chic chic* que hace la escopeta al montarla, porque apoyada en la silla y presentando sus cañones vueltos hacia un cazador, no se debe montar hasta el instante de tirar.

No es solo el ciervo el objeto de estas cazas, el pavo salvaje es tambien una buena presa y una conquista agradable para el cazador. Los perros lo echan como al ciervo, le obligan á tomar el vuelo, y se le tira sobre los árboles donde se posa. Algunas veces se le vé en las grandes yerbas, y allí es mas fácil de tirar. Pero sino ha hecho mas que herirlo en las alas, toma la carrera y hará pisar tierra al torpe que no ha sabido asestarle el golpe mortal. Los demás animales se muestran raras veces. El gato-tigre es el mas difícil de cazar, haciéndose batir en un gran cuadro durante dos horas, trepando á los árboles, y animando de tal modo á los perros, que no se le puede obligar á abandonar la persecucion, á menos que un cazador no se decida á penetrar en la espesura con la escopeta en la mano, hasta el árbol donde el animal ha subido estrechado por los perros que lo rodean todavía, haciendo un ruido infernal con sus ladridos. Algunos balines le hacen desalojar muy pronto, pero no es extraño que hincen sus uñas en los perros antes de lanzar su último suspiro.

Este gato-tigre es una especie de jaguar, mas pequeño que el de Méjico, pero de buena marca todavía, y de los cuales hay algunos que tienen cuatro pies y medio desde el hocico hasta la cola.

Los lobos vienen frecuentemente junto al campamento durante la noche, con ahullidos capaces de despertar á los siete durmientes, y algunas veces son tan tenaces, que continúan dando su serenata al compás de los tiros que se disparan para ahuyentarlos, hasta tanto que algun cazador de los mas impacientes monta á caballo y sale á perseguirlos. Los perros que no están enseñados á cazarlos, los tienen mucho miedo. Los osos y panteras cada día son mas raros; de los primeros se matan algunos en los pantanos (*swamps*). Así se llama una porcion de terreno lleno de agua en el invierno, y por consiguiente incultivable, donde crecen árboles gigantes rodeados de lianas colosales de un medio pié de diámetro. Las raíces, barrancos y cañaverales que los rodean hacen estos pantanos impenetrables. Solo los perros pueden entrar y hacer salir con dificultad á los osos, que los reciben con poca amabilidad. Un cazador existe que tiene por oficio el surtir de caza el mercado de Mobile, á quien un oso había herido en el vientre despues de haberle matado dos perros, sin mas medios de defensa que su cuchillo y la carabina, que no tuvo tiempo de volver á cargar, despues de haber herido á la fiera, y á la cual venció, no sin pena, y con las heridas que lo tuvieron por espacio de muchas semanas en cama.

La carne del lobo—que se vende muchas veces,—es una carne mediana, mas grasosa que la del puerco fresco, pero no de tan buen sabor.

El zorro es poco comun, y no se caza mas que por la noche, con perros pequeños que siguen la pista y obligan al animal á buscar un refugio, ya subiéndose á algun árbol, ya escondiéndose en el hueco de un tronco. Si ha trepado, se derriba el árbol, y los perros dan en cuatro dentelladas cuenta de él; si se ha ocultado en el hueco de algun árbol, se corta una varita de una especie de avellano, cuyo jugo es muy viscoso, se le quita la corteza, y se introduce en el hueco la punta hasta que se nota que toca al animal; entonces se le da vueltas en la mano, y los pelos largos y sedosos se pegan tan fuertemente á la varita, que se puede, al retirarla, sacar con ella á la bestia viva y sin heridas. Su carne se puede comer teniendo mucho apetito; es fuerte y aceitosa, y hace á veces el regalo de los negros, que van á cazarla de una manera extraña, llevando por todo utensilio un hacha y una tea de resina. El mejor recurso de los zorros sería trepar á árboles gruesos, difíciles de abatir, pero ¡cosa singular! siempre escogen los mas delgados, sin duda porque pueden encaramarse mas fácilmente.

Otra caza muy singular, y sin embargo muy destructiva, y por esta razon muy practicada por los cazadores de oficio, es la caza del ciervo hecha por la noche con luz artificial, generalmente por dos personas, á pié ó á caballo. Si á caballo, uno de los jinetes lleva una escopeta y la madera de resina cortada en pedazos pequeños para alimentar la tea. El papel de este es secundario, no hace mas que ayudar al compañero, á quien sigue paso á paso. El otro jinete, el que abre la marcha, lleva una sarten sujeta fuertemente á un pedazo de madera que lleva sobre el hombro, y cuya punta en forma de mango, sobresale del cuerpo cerca de dos pies, llegando al alcance de la mano derecha estendida al nivel del hombro; con la izquierda tiene las riendas del caballo. En la sarten pone la madera de resina encendida en cantidad suficiente para tener una luz viva,



Retrato del joven pintor Alenza.

que se encuentre á la altura de la cabeza y dos ó tres pies detrás de ella con corta diferencia. De este modo recorre los parajes donde cree que puede encontrar los ciervos, agitando continuamente la sarten de derecha á izquierda, para alumbrar un espacio de sesenta pasos próximamente; si un ciervo la ve, la luz lo deslumbra, y en lugar de huir se queda mirando fijamente la tea, que se refleja en sus ojos, y les da el aspecto tan conocido de los del gato en la oscuridad. Este es el momento crítico del cazador. Un ruido muy pronunciado, una palabra pueden romper el encanto y desatar las piernas del animal, un instante fascinado. Pero el cazador sabe el oficio, y una ligera señal basta para advertir á su compañero, que se acerca con tiento y le entrega la escopeta ya montada. Una vez apoyada el arma sobre el hombro, aparta la sarten algunas pulgadas, de manera que pueda hacer llegar la mano derecha junto á la plancheta, porque es preciso mantener la tea en evidencia, y tirar al mismo tiempo con la misma mano. El animal continúa inmóvil, el cazador apunta á tres pulgadas debajo de los ojos, y deja seco al ciervo herido en el pecho. Si abundan los ciervos, y la noche es muy oscura, se pueden matar cuatro ó cinco.

Esta caza singular no sería practicable en ningun otro país. Aun suponiendo que fuera permitida, se consideraría quizás indigna de un verdadero *sportman*. Y sin embargo, esta caza tiene mucho atractivo por la inteligencia que requiere, por el cuidado que se debe tener de que el caballo no haga ruido repentino para dar el movimiento necesario á la tea, cosas todas para las cuales es preciso tener mucha práctica. Tan pronto un carbon que cae sobre el anca del caballo, cubierta con precaucion, lo pondrá en movimiento en el momento de ir á tirar; tan pronto una rama que se trunca espanta al animal; una multitud de contradicciones se presentan al novicio, y contribuyen á sostener sus deseos.

La caza á pié es absolutamente igual. La diferencia consiste en que, como hay mucho espacio que recorrer, el caballo ahorra la fatiga, y sirve despues para llevar la caza.

Un cazador de profesion va tambien solo, llevando la sarten, la resina y la escopeta, pero esto mas que cazar es trabajar, cazar para vivir.

E. F.

ELFRIDE.

(Conclusion.)

V.

¿Quién se atreve á penetrar en ese secreto santuario donde se encierra el alma, si este santuario es una muger y ésta muger es hermosa además?

¿Y dado que haya quien se atreva, quién es capaz de comprender lo que allí se esconde?

El alma, y el alma de muger sobre todo, es un arcano misterioso imposible de adivinar; un libro, como ha dicho no sé quién, donde no se puede leer, porque está siempre cerrado.

Y así debe ser, pues nada mas contradictorio que sus sentimientos y sus palabras.

En el caso presente, Elfride puede confirmar esta aseveracion, pues que promete seguir los consejos de su esposo, presentándose á la vista de Edgar, no ya con su deslumbradora hermosura, sino ocultando sus encantos; no como un incentivo á los deseos del joven principe, sino fea hasta el punto de no encender sus pasiones y quebrantar su incontinencia; y sin embargo, sea por vanidad ó por deseo de venganza, como dice la historia, sea por otra causa, que no nos es dado investigar, pero que viene á demostrar esa inconcebible contradiccion entre sus sentimientos y sus palabras; vístese con el mayor esmero; adórnase con sus mas preciadas joyas, y aparece radiante de belleza á los ojos del monarca y de su fastuosa corte, que acaban de llegar al castillo.

Un eco universal de entusiasmo arranca su aparicion á aquella turba de cortesanos, y hasta el mismo rey se muestra extraordinaria y agradablemente sorprendido.

Despues de tal ovacion, dirígale Edgar la palabra con marcadas señales de afecto y benevolencia, á las cuales contesta Elfride llena el alma de emocion, mezclando á sus frases esas celestiales sonrisas tan elocuentes como apasionadas.

¿Qué es lo que pasa entonces por Athelwold? No es fácil explicarlo, porque ni él mismo lo sabe.

Al pretender darse cuenta del proceder de su esposa, un velo sombrío ofusca su entendimiento. Se halla aturrido, avergonzado y confuso sin poder articular una palabra, y la agitacion estraña que experimenta le causa un sufrimiento horrible.

Quisiera encontrarse lejos de esta escena cruel que le desgarrá el alma, y ni sus pies obedecen á sus sentimientos, ni le es dable, por otra parte, ausentarse del lugar donde aquella pasa.

No es solo que considere ya perdida la gracia del rey, lo que le confunde; es que el tormento de los celos, de esos celos horribles con que de desesperadamente lucha, se ha apoderado de él aniquilándole sin compasion; es que piensa en el enojo de su rival, ante cuyo poder siente revelarse su alma: es en fin, que tiene grabada en su pecho la imagen de Elfride y reconoce ahora el desden con que paga su amor.

Con tan amargos pensamientos, es natural que se encuentre avergonzado y confuso, sin que una idea fija responda á ellos cuando mas puede necesitarla.

El velo que oculta su mentido proceder para con el rey, á quien todo lo debe, se ha roto dejando descubierto su engaño, ¿qué resolucion adoptará en tan apurado trance, cuando necesariamente tiene que explicarse con aquel, complicando así mas y mas su situacion?

Sin que pueda resolverse á nada, trascurren algunos instantes, al cabo de los cuales es llamado á la presencia del monarca.

¿Con qué precipitacion siente en aquel momento latir su corazon! ¡cuán angustioso es su estado!

Llegado que hubo cerca de Edgar, dícele este con risueño tono:

—Por mucho tiempo, Athelwold, ha estado privada la corte de su mas bello adorno. Espero que os apresureis á conducir á ella á vuestra esposa, por cuyo talento y hermosura será admirada y vos envidiado.

—Señor... balbucea el favorito.

Pero el rey no le deja concluir.

Un gesto severo que le dirige ahoga en su pecho las frases con que sin duda iba á contestar.

Despues de esto, nada notable ocurre en el castillo de Devoushire donde la corte se detiene pocas horas. Dada luego la señal de partir, cuidase el monarca de repetir sus órdenes para que le siga el favorito con quien animadamente departe colmándole de distinciones.

Athelwold cuyos pensamientos nos son perfectamente conocidos, no se hace ilusiones sin embargo; ve por un momento paralizado el rayo de la tormenta que ha atraído sobre su cabeza, mas lo siente sobre sí, pronto á destruirle, tal vez al terminar el viaje; en cuanto á Elfride, siente una indecible satisfaccion, un contento inexplicable viéndose obsequiada por el rey, y de esta alegría infinita participa Clarisa que cree y asegura á Elfride ser llegado el momento de realizar sus impacientes esperanzas. Consignemos ahora en breves palabras cuáles eran los verdaderos sentimientos del monarca.

Enamorado locamente de la esposa de Athelwold, no puede apartar un instante su imagen de la memoria.

Recrease en el recuerdo de su belleza, porque tiene presente sus celestiales sonrisas, y á trueque de su posesion sería capaz hasta de abandonar su reino si tal sacrificio le fuera demandado: de tal manera se siente impresionado.

Por eso durante el camino revuelve en su imaginacion mil medios con objeto de llegar al resultado que apetece y que nada será bastante á impedir.

Entonces vienen á su memoria los agravios que cree haber recibido de su favorito y hace en su corazon el firme propósito de vengarse de él aunque ocultando sus intenciones bajo una aparente indiferencia con objeto de obrar con mayor seguridad.

Todo influye por lo tanto en la perdicion de Athelwold, perdicion que él mismo no se puede disimular presintiendo y comparando el ánimo del rey al volcan que, al parecer estinguído, vomita súbitamente su destructora lava, amenazando consumir todo lo que á su paso encuentre.

VI.

Ha retornado el monarca á la corte acompañado de todo

su séquito; y Athelwold, que se ve mas que nunca halagado, casi olvida su contradictoria posición.

En los quince días que han transcurrido, le ha prodigado Edgar las mayores distinciones, y ni una palabra siquiera ha salido de sus labios relativa á Elfride.

—¿Quién sabe!—dice entonces para sí el favorito.—Acaso fué una impresion pasajera, y ha olvidado el rey completamente su hermosura. ¡Me haria tan feliz este desenlace! Pero no, yo no puedo permanecer mucho tiempo en la corte, y preciso será que algun día solicite su venia para volver al lado de mi esposa. ¿Qué va á suceder entonces? ¡Oh! le conozco bien. Se despertarán nuevamente sus pasiones y mi situación volverá á ser la misma. ¡Qué desgraciado soy!

De esta suerte reflexiona Athelwold, vacilando sobre la resolución que adoptará el monarca, que en vano ha procurado conocer.

Al fin se encuentra un día con una orden del rey, mandándole marchar al Nortumberland.

Ignora el cortesano si esta orden es un destierro, ó si como en la misma se indica, negocios graves é importantes del Estado reclaman allí la presencia de uno de los principales personajes de la corte; mas las dudas, que por un instante ha podido abrigar, se desvanecen cuando se halla en presencia de Edgar, de quien espera órdenes al despedirse.

Allí le son revelados los negocios que debe ventilar, dándosele las instrucciones necesarias, y como la amabilidad del soberano es mayor que nunca, el favorito no ve en la comision que se le confia, sino una prueba mas de aquel afecto y proteccion que creyó perdidos.

Por esta causa no ya temerosa, sino confiadamente dispone lo necesario para su partida y al inmediato día se halla caminando en direccion al país y por el itinerario que se le designa.

Acaso cuando menos recelos abriga el obediente Athelwold, cuando mas alegremente de parte con sus criados durante aquellas interminables jornadas, acaso entonces es cuando mas amenazado se encuentra por la cólera del monarca; pero aquel nada recela ó por lo menos se ha resignado con su destino, cuando ninguna precaucion adopta en su marcha.

De repente á la entrada de un bosque se encuentra detenido por algunos enmascarados que ni tiempo le dan para prepararse á la defensa.

En esta situacion, cuando el favorito observa que algunos de ellos se apoderan de sus criados conduciéndolos lejos de aquel sitio, tal vez para dejarlos luego en libertad, una idea repentina viene á su imaginacion que aclara todas sus dudas.

Para él es evidente que aquellos malvados son gente mercenaria pagada por el rey para que le asesinen, y entonces cruzándose de brazos, álzase erguido como la palma cuya copa doblega pero pretende en vano humillar el recio vendabal, y opone á las amenazas de sus contrarios su orgulloso desprecio y una estoica indiferencia.

Mas semejante resistencia que hubiese desarmado á otra clase de enemigos, es impotente en aquella ocasion.

Así hubo de comprenderlo el favorito, que viéndose atacado trató de defenderse amparándose de un árbol.

No estaba completamente indefenso, puesto que tenia su espada; mas aunque por algun tiempo puede sostener el ataque contra tantos matando á unos é hiriendo á otros, al fin acosado por el número y rendido por la fatiga, no llegándole auxilio de ningun género, sucumbe arrojando á un lado media hoja de su espada, que era lo que ya le servia de defensa.

Entonces, aquellos malvados se arrojan sobre el ensangrentado cuerpo del caballero, hundiendo en él sus aceros uno en pos de otro (1).

Dos dias despues algunos trabajadores hallan el cadáver del favorito á la entrada del bosque; y ocho mas tarde, Elfride llega á la corte de donde la llaman de orden del rey.

Y como nada se opone ya á la pasion del monarca por ella, celébrase de allí á poco el casamiento con la mayor pompa realizándose de este modo los deseos de la ambiciosa niña.

—¿Y no abrigais remordimiento alguno, Elfride? la dice Clarisa viéndola radiante de belleza y de felicidad pocos dias despues de sus desposorios.

—¡Oh! ninguno, ninguno. ¿No te dije entonces que nunca le habia amado y que jamás le amaria?

Fácil es comprender por estas palabras el alma perversa que se encerraba dentro de aquel cuerpo dechado de la mayor hermosura y perfeccion.

VII.

Han transcurrido muchos años.

El rey Edgar ha muerto sucediéndole en el trono su hijo Eduardo, habido en su matrimonio con la hija del conde Ordermer.

El joven Eduardo amaba en extremo á Elfride su madrastra, y mas aun á Ethelredo, hijo de esta y de su padre; mas la reina viuda que reúne á su encantadora belleza un alma depravada y cruel, abriga un odio implacable contra Eduardo.

Un día, dice la historia, en que se hallaba el rey de caza cerca del castillo de Corfe-Castle, donde habitaba Elfride, aprovechó la ocasion para hacer una visita á su madrastra. Llegó sin acompañamiento alguno y devorado por la sed pidió de beber: en el acto de llevar la copa á la boca, á caballo como estaba, uno de los criados de Elfride le dió por detrás una puñalada. Picó el rey espuelas sintiéndose he-

rido, pero habiéndose desmayado cayó de la silla, quedando un pie enredado en el estribo, por donde fué arrastrado hasta que espiró.

Despues de esta espantosa catástrofe, ocupó el trono de Inglaterra Ethelredo II, hijo de Edgar y Elfride, la cual vió satisfechas entonces sus ambiciosas aspiraciones.

Mas como las malas pasiones encuentran siempre una espiacion, Elfride se vió á poco despreciada por su propio hijo, que no se cuidó de ocultarle el temor de verse asesinado por su mandato, como lo habia sido su antecesor.

Los remordimientos entonces vinieron á amargar los dias de la reina viuda, quien, aun en el silencio del retiro á que se condenó, no pudo hallar nunca la tranquilidad de espíritu que la Providencia concede á las almas justas.

RAMON REAL DE MENDOZA.

A...

De noche, cuando la luna melancólica alumbraba, cuando las aves dormian, cuando callaban las auras,

Ardiendo el pecho de amores, con honda pena en el alma, bajé al mar, en cuya orilla eterno amor me jurabas.

Solo, mirando la luna columpiarse sobre el agua, y las marinas espumas corriendo á dar en la playa;

Allí, solo, en esas horas dulces, misteriosas, vagas, en que el corazon ocupan nuestro Dios y nuestra amada, Sentí en mi pecho tan tierna, tan indefinible calma... que hiqué la rodilla, alzando al Señor una plegaria.

Pedile á Dios que te guarde siempre tan pura y tan cándida, sin que se nuble tu frente ni el brillo de tu mirada.

—¿Quiera el cielo que mis ojos te miren, niña del alma, correr sin afan tus horas, venturosa y envidiada!—

SERAFIN CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Málaga.—Agosto 1860.

LOS DIOSSES LARES.

(Continuacion.)

X.

VISITA NOCTURNA.

Abismado en su sueño, por el cual pasaban como por una linterna mágica Londres y la isla de los Cocodrilos, los antropófagos y su progenie color de naranja, nuestro inglés no oyó un pequeño ruido que sonó á su espalda. La puerta del subterráneo se abrió misteriosamente, dando entrada á una forma humana que dió algunos lentos pasos, como si temiera interrumpir el sueño del prisionero.

Templeson, al sentir una mano fria sobre sus hombros, levantóse sobresaltado; y al volverse, vió aquella sombra que se dibujaba siniestramente en el fondo de un cielo estrellado.

Trascurrido el primer momento de sorpresa, tuvo la idea de atropellar aquella aparicion, y lanzarse afuera para respirar aquel aire de libertad que comenzaba á sentir; pero en el mismo momento vió tras de aquella abertura, que le descubría el cielo, el arco del vigilante centinela.

—Tranquilízate, hombre pálido, dijo la forma misteriosa con ese idioma telegráfico que nuestro inglés habia aprendido desde que comenzó á tratar con salvajes, pues yo no soy el sacrificador.

—¿Quién eres, preguntó Templeson, albergando un rayo de esperanza.

—¡Una muger!

El inglés, con un movimiento de hombre afortunado, abrió desmesuradamente los ojos para ver, á través de aquel crepúsculo, las facciones de la desconocida. La pálida claridad de la noche alumbraba lo suficiente para comprender las señales; pero era inútil para distinguir los rasgos de una fisonomía. El crepúsculo es la pantalla de las mugeres viejas y feas.

—¿Quieres gozarte en mi agonía, ó vienes á consolarme?

—Tal vez.

Templeson hizo ó debió hacer un gesto de sorpresa.

—El hombre pálido morirá mañana.

—¡Mañana!... repitió dolorosamente nuestro héroe; y entonces sí que no nos cabe duda que debió poner una cara horriblemente estúpida.

—¡Mahouna tiene sed!

El inglés recordó haber oido aquella misma frase en la isla de los Cocodrilos.

—¿Mahouna tiene sed? ¿y cómo puedo yo refrescarla?

—Con tu sangre: Mahouna es la diosa de la venganza.

—¿Y de qué quiere vengarse? preguntó Templeson inmutado.

—¿De los tuyos!

—¿De los míos?

El hijo de Albion se perdía en un océano de conjeturas, y su boca abierta quedó petrificada por la sorpresa.

—Escucha y podrás comprenderme. En otro tiempo, los nahicas formaban una tribu poderosa, y vivian dichosos é ignorados en una inmensa isla del mar. Un día los hombres pálidos llegaron sobre casas flotantes, con truenos que mataban veinte guerreros á la vez. Su número era infinito, y arrojaron á los nahicas del país en el que descansaban sus padres, durmiendo el sueño eterno, y degollaron á los que intentaban combatir. Despues violaron las mugeres; pisotearon las tumbas; rompieron los ídolos sagrados, y sobre las casas de junco, edificaron palacios de piedra, tan elevados como las grandes rocas.

—¿Y qué hicieron los nahicas?

—Los nahicas se fueron como un rebaño de ovejas á buscar otras riberas: subieron á lo largo del rio hasta llegar al fin, y edificaron una aldea que llamaron Pama-Koali, la ciudad de los pájaros.

—Empiezo á comprender, murmuró el inglés.

—Desde aquel tiempo, continuó la india, los nahicas han jurado eterno odio á los hombres pálidos y han vengado á sus padres en los hombres de tu color que la mar ha arrojado en nuestras playas.

Templeson pensó que nada podia librarlo de aquella implacable venganza.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo juntando las manos con una espresion de agonía.

—¿Qué haces? interrumpió la india.

—¡Invoco al que perdona!

—No es necesario, pues solo una persona podrá salvarte.

—¿Y es?

—Kari-Sida, la reina de los nahicas.

Templeson movió la cabeza con un gesto de incredulidad.

—La reina debe ser una leona, como toda esta gente, y si quisiera salvarme, su voluntad seria impotente para con un pueblo sediento de la sangre de los hombres pálidos.

—La reina maneja á su pueblo como á una manada de corderos; porque cuando el Grande-Espíritu manda á las olas que se detengan, la mar se torna tranquila.

Templeson contuvo una sonrisa que promovía aquella fatuidad salvaje.

—Kari-Sida te ha salvado una vez, cuando los nahicas querian despedazarte.

—¡Es verdad! ¿pero de qué proviene su caridad hacia mi persona?

—Es un secreto para todos.

—Escepto para mí, dijo el inglés con una fineza que las circunstancias hacian indispensable.

La muger india dió un paso hacia adelante.

—¿Sabes, hombre pálido, lo que me trae á tu lado, en medio de las sombras?

—No; pero quiero saberlo, contestó Templeson con la tranquila inocencia de las primeras edades.

—La reina de los nahicas quiere distinguir al hombre pálido.

Templeson se encogió de hombros y permaneció silencioso.

—¿Piensas en el suplicio de mañana?

—Sí, respondió nuestro héroe preocupado por una idea. Y se representaba aquella horda bárbara, saciando en él su venganza de una manera cruel, y satisfaciendo así la muerte de los padres que no eran los suyos.

—Kari-Sida hará poderoso al mortal á quien ame y será rey.

—¡Rey! repitió el inglés como un eco.

—¿Y qué responderé á la reina?

El prisionero iba á hablar; pero el gesto destinado á pintar una idea se detuvo en su brazo y creyó ver la sombra de su muger que se levantaba para maldecirlo.

XI.

EL SACRIFICIO.

Templeson oyó como en su sueño el ruido de la puerta que se cerraba, y se encontró envuelto en la oscuridad y el silencio.

Y cuando los primeros rayos del día ahuyentaban la noche, resonó por fuera un ruido extraño. Este ruido, en un principio débil como el murmullo del viento en las hojas de los árboles, fué en aumento, y resonó gravemente como un himno sagrado. Aquella música india, que no tenia mas que tres notas y dos instrumentos; aquellos acentos salvajes y monótonos que nos representan todo un mundo desconocido, formaba el complemento de los sueños de la noche.

La procesion de salvajes se detuvo á la entrada del subterráneo.

Abrióse la puerta, y entre las olas de luz dorada que lanza la salida del sol, el prisionero se encontró con una coleccion de hombres caprichosamente vestidos. Eran los sacerdotes y los sacrificadores.

Templeson no opuso resistencia alguna; estaba tranquilo y resignado, esperando la muerte como término de aquella cruel y prolongada agonía.

Adornáronle con magníficos vestidos, y salió de la cárcel como un Sileno antiguo. La comitiva lo esperaba, salmodiando á modo de un himno griego: despues continuaron cantando en coro. Los sacerdotes abrian la marcha con paso lento. El tam-tam retumbaba; los instrumentos de cuerda lloraban en el mismo tono, y la flauta de bambú abusaba de sus dos notas. La víctima marchaba á seguida sobre un tosco palanquin cubierto de hojas y de flores. Y detrás una muchedumbre compacta de todas edades y sexos, siguiendo con un aire inspirado al que iba á morir.

(1) Hay quien asegura que Athelwold fué muerto por mano del mismo rey, habiéndole invitado á una cacería donde le dió de puñaladas; pero la opinion mas recibida es que solo lo fué por orden suya.

El sol saliente iluminaba aquella procesion fúnebre; el diálogo animado de los pájaros; el perfume de las flores deramadas en el camino; la inmensidad deslumbradora de los horizontes; la pompa y la frescura matutina de aquella naturaleza virgen que despertaba; todo esto formaba un extraño contraste con aquella escena de muerte. Nada podía ser á la vez mas alegre ni mas lúgubre.

Templeson habia sufrido hasta entonces aquella ovacion con la muda indiferencia de un hombre resignado; pero á cada paso que se acercaba al suplicio, su rostro se contraía á pesar de los esfuerzos que hacia para permanecer tranquilo, porque el instinto poderoso de la conservacion comenzaba á despertarse.

El prisionero se volvió, y vió aquella turbulenta multitud que le seguía. ¿Qué hacer? ¿Escapar de un salto? Imposible: veinte salvajes caerian sobre él: ¿enternecer á un pueblo animado por una venganza despiadada? mas fácil seria convencer á un caiman hambriento. Y miraba con el rabo del ojo á uno de los sacrificadores que llevaba un enorme sable de madera de hierro, pesado como una maza, y afilado como una navaja de afeitar.

Toda tentativa de salvacion era inútil; y la esperanza, ese dulce bálsamo que consuela, caía gota á gota y se consumía en su corazon.

La cabeza del cortejo entraba entonces en un desfiladero de pardas y elevadas rocas que no alumbraba aun el sol naciente. Los horizontes ante los cuales podía soñarse con la libertad, habian desaparecido á la vista de aquellas murallas de granito. El himno sagrado resonaba en las sinuosidades de las cavernas, como una voz que el eco pasea bajo los pórticos sombríos de un claustro. El eco, bien repita una voz bajo los arcos de una iglesia, ó en el laberinto oscuro de una mina, tiene siempre y en todas partes una magestad imponente; y nadie ha desafiado ese santo respeto ó ese invencible temor que lleva consigo.

Templeson creyó oír un lúgubre *Dies iræ* que helaba la sangre en sus venas: nada podía distraerlo de sus horribles preocupaciones; ni la melodía de los pájaros, ni los brillantes colores del paisaje, porque todo adquiría á su vista formas sepulcrales. Al acercarse el término de aquella procesion, consiguió aislarse un momento en medio de aquel estrépito, y concentrarse en sí mismo. En algunos segundos atravesó el mar inmenso, respiró la niebla, y estrechó en un abrazo supremo á los que amaba y no debía volver á ver.

Una sacudida del palanquin le hizo retroceder las tres mil leguas que habia andado con la imaginacion; el fúnebre cortejo se habia detenido.

No hay un lugar mas sombrío que el lugar de los sacrificios. El desfiladero se habia prolongado, apareciendo á los lados dos paredes negras y lisas. Algunos árboles nudosos con hojas de color de sangre crecian esparcidos en las hendiduras de las rocas. La vista no percibe ni el mas pequeño trozo de paisaje, y solo tiene para descansar la roca y el cielo, esta otra inmensidad como el mar. En medio de aquel recinto titánico hay un enorme pedazo de granito rojo, arrancado de las montañas por algun cataclismo: aquel es el altar de los sacrificios. A dos pasos de él se eleva una estatua de proporciones gigantescas: aquel es el ídolo sagrado de la terrible Mahouna. Un montecillo de cráneos humanos le sirve como de altar, alrededor del cual, el terreno empapado con la sangre de los sacrificios, ha adquirido un rojo negruzco.

El sol recién salido no alumbraba las gigantescas paredes de aquel antro, y la media tinta crepuscular con que estaba alumbrado, hacia mas horrible aquel cuadro.

Los cánticos cesaron: la multitud estaba silenciosa y atenta. Entonces comenzó uno de esos dramas horribles, cuyo relato hace temblar.

Los sacrificadores se aproximaron al prisionero murmurando palabras ininteligibles. Templeson se levantó de su lecho de flores y se puso de pie sobre aquel charco de sangre calcinada que formaba el suelo.

Todas las miradas se fijaron sobre él: estaba lívido é inmóvil como un cadáver: así le llevaron hacia el altar de granito, á los pies del espantoso ídolo que parecia mirarlo de una manera terrible. En aquel momento quiso hacer fuerza contra sus verdugos, y sus miembros permanecieron inmóviles; quiso gritar, y los sonidos se apagaron en su garganta antes de llegar á los labios.

El sacrificio humano iba á consumarse.

Por un fenómeno extraño, Templeson se sentia paralizado inmóvil, pero la vista y el pensamiento eran claros, precisos y llenos de vigor. Y distinguía perfectamente todo lo que sucedía á su alrededor, á la manera que esas personas sumidas en un profundo sueño letárgico, imagen de la muerte, ven coser su mortaja y oyen resonar el martillo sobre las tablas de su atahud.

El sacrificio que llevaba el sable de madera, probaba su filo en la piel de su mano, mientras que su compañero sacaba el enorme cuchillo destinado á buscar las entrañas en el cuerpo de la víctima.

(Se continuará.)

JAVIER DE PALACIO.

DESACUERDO.

Sufriste mis desdenes: tu tortura
Daba á mi corazon profunda pena;
Tu vida entonces de martirios llena
Me probaba tu amor y tu ternura.

Te brindé con la paz y la ventura
Poniendo á mi altivez dulce cadena:
Conociste mi amor y miré agena
Tu alma á mi dolor y mi amargura.

Cruel, mi corazon te abrí insensato
Que tesoros de amor ricos vertia
Y helaste con tu calma mi arrebato
E imposible miraste mi agonía:
No fué mi pecho como el tuyo ingrato
Que amor buscaba si desden mentía.

CASTOR AGUILERA.

La linda novelita que empezamos á publicar en el presente número con el título *Historia de unos amores*, es debida á la pluma de nuestro malogrado amigo el jóven teniente de artillería don Enrique de Galvez Cañero.

Amante en extremo de la literatura consagraba todos los momentos que le dejaban libres sus ocupaciones á cultivarla, ya en el género de que son una muestra las páginas que hoy insertamos, ya en el de la poesia á que era tambien aficionado, y aun cuando sus ensayos no esten acaso exentos de defectos, como que él los consideraba tales, bien se comprende que hubiera podido alcanzar merecidos triunfos en la literatura.

Destacado en Ciudad-Rodrigo cuando su batallon fué destinado á la guerra de Africa, pidió nuestro amigo con ahínco y hasta con temeridad ser relevado para compartir los peligros de sus compañeros, precisamente en los momentos en que mas halagüeño se le presentaba el porvenir; de esta manera demostraba cuán vivo era su entusiasmo y cuán alto hablaba á su corazon el amor patrio ante el cual posponia sus mas caras afecciones, hasta sus filiales sentimientos.

Después de tomar parte en algunas acciones parciales, concurrió el 1.º de enero á la memorable de los Castillejos, en la cual sucumbió gloriosamente, no sin haber acreditado durante la jornada su serenidad y completa abnegacion para honra del cuerpo donde universalmente era querido.

UNA HISTORIA DE AMORES.

I.

ANTONIO.

Ha terminado el Carnaval de 185... y resuena aun en los aires el eco de su algazara; los sagrados cánticos suceden á los murmullos del alegre gentío, y se elevan al través del purísimo azul del firmamento hasta el trono de Dios.

En una de las calles mas céntricas y concurridas de la coronada villa, hacíase notar un jóven por su aire meditabundo y la distraccion de sus maneras: largo rato llevaba mirando las mil curiosidades que se agrupaban en vistoso desorden detrás de los cristales de una tienda; y hubiera permanecido allí mucho tiempo, si otro jóven, próximamente de su edad, no le arrancara á sus pensamientos, asiéndole familiarmente del brazo.

—Adios, Eduardo, exclamó el pensativo mozo, apretando cordialmente la mano del recién llegado.

—Felicísimos, querido Antonio.

—¿Qué pálido y decaído te encuentro!

—No es extraño: anoche estuve de baile y aun no he descansado; ¿pero tú qué haces aquí?

—Ya lo ves, querido, fastidiarme como siempre... Las gentes que giran en torno mio llevan impreso en sus semblantes el sello de la felicidad, y esta felicidad que se agita y me cerca y me fatiga, presentándose á cada paso ante mis ojos, pone mas en relieve mi desdicha. ¡Soy muy desgraciado, Eduardo!

—¿Muy desgraciado! Tu eterno estribillo; ¿y por qué? porque una muger no te quiere; porque no repara ya en tus amorosas locuras. Y bien. Si continúas así, yo, profeta de desventuras, como tú me llamas, te pronostico un fatal resultado en este asunto.

—¿Oh! Indudablemente exajeras.

—¿Qué exajero? no, Antonio. Esa criatura te mira como un objeto lanzado á la tierra para divertir sus ocios; como un juguete que, sometido á su voluntad, ejecuta pasos difíciles, haciendo mover hábilmente un resorte que se llama amor; y si alguna vez se digna dirigirte una mirada benévola, muy luego te abruma de nuevo con su estudiado desden.

—¿Cuán cierto es eso!

—Y conociéndolo, no tratas de vencer tu corazon que se rebela; no quieres imponerte el freno de una voluntad poderosa; dominarlo, en fin, haciendo triunfar la razon de un loco delirio del alma... No te quejes, pues, de tu desgracia, porque en tu mano tienes el lanzarla lejos de tí.

Hablando de esta manera, los dos amigos llegaron á un café, y eligiendo un sitio apartado, continuaron su interrumpida conversacion.

—Oyeme bien, Antonio, prosiguió diciendo Eduardo: las pasiones son como las olas del mar. La ligera brisa imprime un movimiento suave á sus movibles átomos; pero entrechocando unos con otros, levantan bien pronto un copo de blanquísima espuma, y empujan á su vez los átomos que van delante. El cielo se cubre de negras nubes; la leve brisa se cambia en huracán violento, y las hirvientes aguas engrosan, azotadas por el vendabal, y se alzan amenazadoras, tremendas. Entonces corren furiosas á la playa; y si esta es llana, de fácil acceso, la golpean iracundas y penetran orgullosas en la campiña; pero si marmóreas rocas se levantan allí como un antemural puesto por un poder supremo, las primeras oleadas se estrellan en su granítica masa y retroceden al mar bramando de coraje. Si las pasiones, mi pobre amigo, encuentran fácil el ánimo del que invaden, ¡ay de él! mas si por el contrario, este les opone una voluntad firme y decidida, como las olas del mar retroce-

den bramando de coraje y van á combatir otros corazones mas débiles.

—Me falta esa fuerza poderosa de voluntad, amo á Emilia, acaso mas desde que ella no corresponde á mi cariño. He procurado vencerme; me he lanzado en medio de los placeres, y los placeres me han rechazado porque los amargaba mi presencia; he buscado el olvido en la ciencia, y la ciencia ha permanecido muda, en tanto que resonaba armoniosamente en mi oído ese nombre idolatrado.

—Aun te queda otro recurso... la ausencia.

—¡Ah! eso no: no verla, no saber de ella, la sola idea de una separacion me horroriza; la ausencia seria para mí la muerte.

—Esa es una de las muchas frases que hemos inventado para elevar mas nuestros sentimientos; á nadie ha matado la ausencia; los primeros dias te faltará aire para respirar; tu corazon palpitará con violencia, y tu labio pronunciará trémulo de emocion el nombre de la persona querida, complaciéndote en recordar los lugares que ella frecuentaba; pero mas tarde este recuerdo se irá borrando y luego nada quedará de él. Créeme, mi pobre amigo; yo tambien he amado y he olvidado; el olvido es la felicidad.

—Es la felicidad si nuestro pasado es triste; es la desdicha mayor cuando un velo color de rosa cubre nuestro día de ayer.

—Antonio, no quiero argumentar contigo, pero por última vez te exhorto á entrar en razon y á no dejarte abatir, sacudiendo esa melancolía que se va apoderando de tí.

—Procuraré hacerlo, pero nada te prometo, adios.

—Adios, hasta mañana, mi pobre amigo.

Antonio quedó solo; apoyados los codos en la mesa y oculto el rostro entre sus manos, no vió suceder á la tibia luz de la tarde el vivo resplandor de los mecheros de gas, ni escuchó el confuso rumor de la gente que empezaba ya á invadir el café hasta entonces casi desierto.

¡Pobre Antonio!

Hijo de unos padres honrados y nobles, educado en los rectos principios de la religion y el honor, jamás su planta se deslizó fuera de la senda que sus deberes le trazaran. Sus maestros elogiaron siempre su buena disposicion, y nunca se hizo acreedor al castigo porque nunca cometió la mas leve falta.

Llegó á los diez y nueve años, edad de ilusiones, de esperanzas locas, de amores sin cuento; y él tambien forjó ilusiones que absorbía la niebla, abrigó esperanzas que no se realizaron y amó por su desgracia.

¡Oh amor! Caprihoso dios que cubres tus ojos con una venda para no ver los estragos que producen tus flechas emponzoñadas.

¡Oh amor! tú que atas á tu carro de triunfo lo mismo al soberbio rey que al humilde siervo, que enciendes un infierno en el corazon de un ángel y levantas el brazo del hermano contra el hermano, del hijo contra el padre.

¿No te basta la inmensa grey de esclavos que se arrastran en pos de tu carro alado?

Esos valientes donceles que ávidos de renombre se lanzaron á la pelea para ofrecer luego una corona de laurel á sus queridas: esos inspirados poetas, que arrojan á las plantas de las hermosas las flores de su imaginacion para que les sirvan de mullida alfombra y escalan el azul firmamento robando al sol uno de sus rayos encendidos para presentarse á ellas ceñida la sien con una aureola de gloria; esos sabios que arrancan á la madre naturaleza sus mas escondidos secretos. ¿No obedecen todos tu soberana ley? ¿A qué, pues, desear una víctima mas?

¡Ay! has armado tu arco y escogido dos de tus flechas; la de ardiente punta ha traspasado el corazon de Antonio; y el dardo de plomo ha sembrado la indiferencia en el de Emilia.

¡Pobre Antonio!

Entre las flores de un jardín, descollando entre todas y mas bella que ninguna con un vestido blanco como el manto del invierno y sujeto á la cintura con un ceñidor azul, vió por primera vez á Emilia.

Emilia con sus diez y seis años; su rostro oval y ligeramente sonrosado; su hechicera sonrisa y un encanto indefinible que se esparcia en torno de ella, como se esparce el aroma de la primera flor de mayo.

La amó desde el mismo instante que la vió saltando gozosa y corriendo locamente detrás de una mariposa de pintadas alas.

La escribió y su carta fué recibida y contestada. Antonio era feliz; amaba y se creía correspondido. Un día le faltó la carta de su amada; pasó por su casa y no consiguió verla.

Al día siguiente quiso enterarse de las razones que tenia Emilia para semejante cambio, y se le contestó pidiéndole las cartas que de ella tenia y devolviéndole las suyas.

Le arrebataron su tesoro.

Desde aquel día Antonio estuvo mas pálido, apenas dormía, una fiebre lenta le devoraba.

En vez de despreciar á la muger que sin causa alguna le habia herido el corazon, la amó cada día mas: la amó furiosamente.

Quiso escribirla y Eduardo se lo impidió, Eduardo fué su ángel bueno, y ya que no pudiera arrancarlo de su pasion consiguió al menos salvarlo del ridículo.

A cambio de esta condescendencia obtuvo Antonio de su amigo, constituido ahora en director de su conducta, permiso para ir donde quiera que ella dirigiera sus pasos; ¡qué feliz era el enamorado galán el día que veía á su Emilia! Es cierto que ella no lo miraba, que no reparaba en él, ¡pero qué importaba eso! Respiraba el aire que habia perfumado su aliento escuchaba el crujir de su ondulante falda, y descubria su bonito pié cuando un golpe de viento arrollaba la flexible seda.

¡Cuántas emociones gustaba el corazon del pobre enamorado!

Eduardo le acompañaba en estos paseos y deploraba de todas veras sus delirios. Escuchaba con una paciencia admi-

rable los fogosos discursos de su acompañante, y á veces cuando encontraba una ocasion favorable procuraba combatir su pasion. A menudo Antonio se dejaba convencer y parecia conmovirse al escuchar las sentidas frases de su querido amigo; este se permitia entonces una sonrisa de satisfaccion, brillaba en sus ojos un destello de alegría; mas de repente «hé allí á Emilia» exclamaba el indócil catecúmeno y adios sábias reflexiones, adios promesas de enmienda, adios todo. Era preciso volver á empezar y Eduardo se iba ya cansando. Por esta razon daba algunas treguas á sus predicaciones.

Hemos empezado este capítulo en ocasion en que habia terminado una de aquellas, y visto que Eduardo fiel á su propósito declamaba contra el amor y las mugeres, y acababa de separarse de su amigo despues de algunos consejos que bien pronto fueron olvidados por este.

Eduardo creia en el amor en teoría como se cree en Dios por la fé. Pero descendiendo al terreno de la práctica, vió que habia mas amarguras que goces reales en ese no sé qué, al cual todos nos abandonamos. La primera muger á quien ofreció su amor le engañó miserablemente.

¡Es tan fácil burlarse de un niño! Pero la adversidad es la escuela del corazon; aquella decepcion primera le hizo ser mas precavido, y ya no volvieron á engañarle. Pero para no ser engañado tuvo él que engañar á su vez. Tal es la triste condicion del hombre.

Volvamos á Antonio que seguia apoyado en la mesa solitario y sumido en una profundísima meditacion. Cuatro horas hacia que se hallaba en una inmovilidad completa.

De repente uno de los concurrentes lanza una carcajada sonora, retumbante. Antonio despierta de su letargo, sacude su cabeza y mira á aquel hombre con una espresion indefinible de odio. No le conoce, no le ha visto jamás, y ninguna ofensa ha recibido de él, pero es feliz, rie y goza á su manera de la vida; Antonio está triste, necesita llorar, y quisiera que todos llorasen con él.

Estraña es la lógica del egoismo, pero es la lógica que todos aceptamos como buena, porque es la que mas nos halaga.

Quizá el pobre loco se hubiese lanzado sobre aquel, cuya hilaridad habia provocado su enojo, si el nombre de Emilia pronunciado en la mesa próxima á la suya, no hubiera llegado á sus oídos. Entonces, replegándose en sí mismo y conteniendo la respiracion, se preparó á escuchar lo que aquel hombre iba á decir.

(Se continuará.)

PROVERBIOS,

REFRANES Y MODISMOS (1).

HA LLEGADO AL ITE, MISSA EST.

Lo mismo que decir ha venido ó se ha presentado al ir á terminar, al final ó concluida la funcion: *á missas ditas*, como se espresa en catalan; concluidas ó próximas á terminar las misas.

Ite, Missa est: idos, podeis retiraros, se ha concluido la misa; dice el mismo sacerdote celebrante al final de ella volviéndose al pueblo, y en la misa solemne dá este aviso el diácono, que es el heraldo del sacrificio por encargo especial del que celebra.

En las antiguas liturgias griegas se decia *Ite in pace*, id en paz, y el coro y el pueblo respondian como ahora: *Deo gracias*.

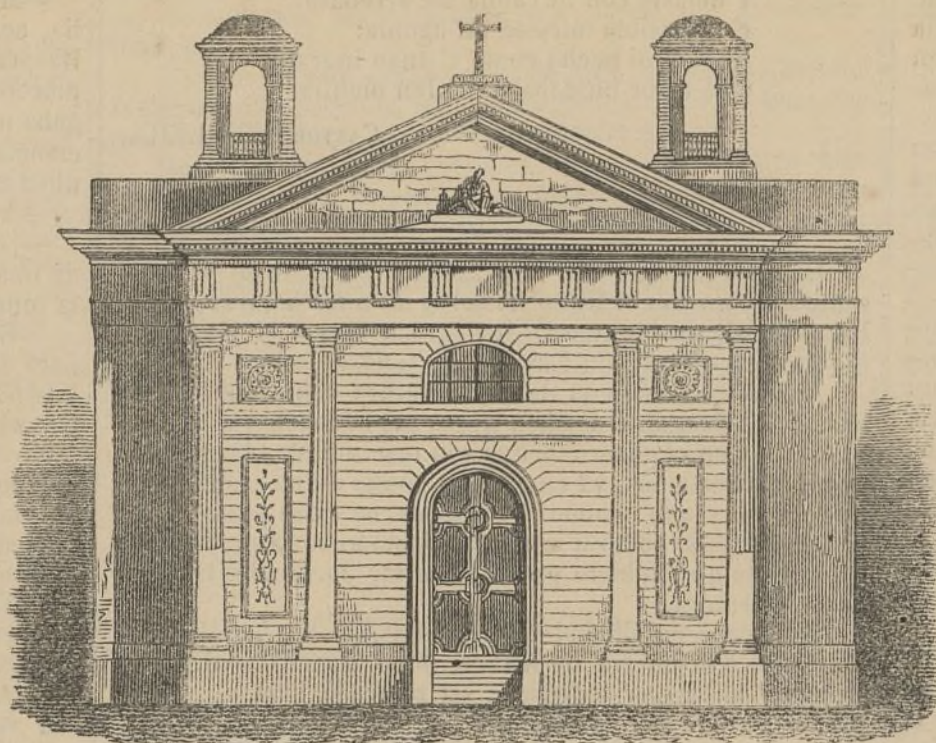
En el día no siempre concluye el sacrificio de la misa con esta despedida.

Se omite en el Adviento, desde septuagésima hasta Pascua, en los dias en que no se canta el *Gloria in excelsis Deo*, y en las misas de difuntos, por razones misteriosas y de circunstancias, que omitimos para abreviar.

Entre los ministros del falso culto de los dioses del paganismo, habia tambien una especie de heraldos encargados de avisar al pueblo que saliera de los templos, ó que se separara de sus inmediaciones, luego de terminados los sacrificios, los cuales lo hacian con la fórmula *Ex templo*, fuera del templo, salud de él, retiraos, que el rito ó la ceremonia ha concluido.

En los funerales tambien, una vez terminados, un heraldo vuelto al pueblo en voz alta decia *Illicet*, esto es, *Ire licet*, está permitido salir, podeis retiraros porque los funerales han concluido.

(1) Son tomados de una obra que vamos á publicar con el título: *Probable origen de muchos de los proverbios, refranes y modismos antiguos y modernos usados en España*.

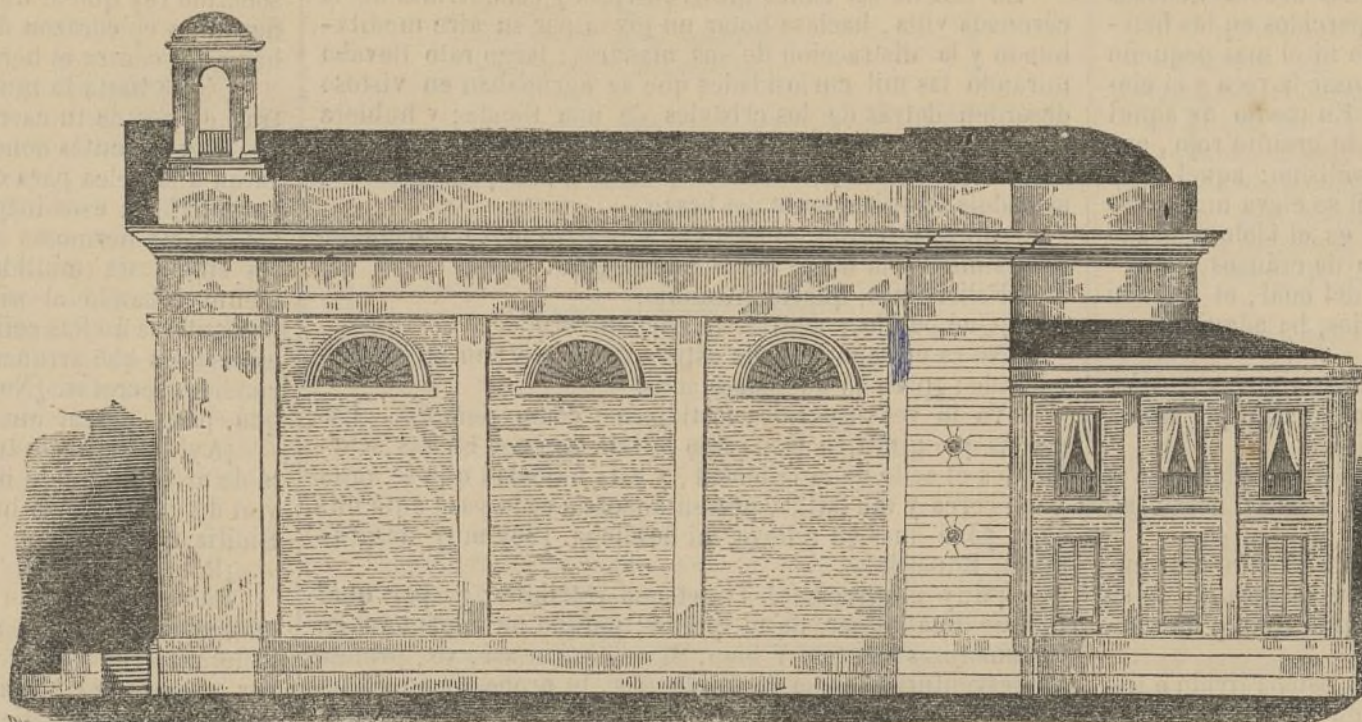


Fachada principal de la iglesia de Chamberí.

Restos de esta antiquísima costumbre los vemos en la fórmula con que suelen terminar nuestras esquelas mortuorias: *El duelo se despide en la iglesia*, es decir, los que han asistido á los funerales podrán, concluidos estos, separarse ó despedirse en silencio y retirarse de la iglesia.

Al principio de la revolucion francesa, la célebre actriz Sofia Arnoult, amiga que habia sido de Diderot, Duclós Rousseau, etc., compró el presbiterio ó sea la casa-curato del pueblo de Luzarche, en Francia, y habiéndola trasformado en una deliciosa casa de campo, hizo poner sobre la puerta en letras de oro la siguiente leyenda: *Ite Missa est*.

Es decir, sepa el público que esta casa ya no pertenece á la iglesia, que en ella tampoco se dicen misas, y por con-



Fachada lateral de la iglesia de Chamberí.

siguiente que pueden alejarse ó pasar de largo los que á ella venian para oirla.

RESOLVIOSE A PASAR EL RUBICON.

Quando un personaje puesto en una situacion crítica, despues de cierta indecision, se resuelve á tomar una resolucion terminante, solemos decir: «por fin ha pasado el Rubicon.» Hé aquí el origen histórico de esta locucion.

El Rubicon es un pequeño rio de Italia llamado ahora Fiumesino ó Rugone, que servia de límites entre la Gália y la Italia propiamente dicha.

Una ley prohibia á todo general romano el pasarle con direccion á Roma, sin un espreso consentimiento del Senado, bajo pena de ser tratado como enemigo de la patria.

César, de vuelta de las Gálias y despues de haber visto que se le rehusó el consulado y la prorogacion de su gobierno, al llegar al puente del Rubicon, estuvo indeciso por mucho tiempo acerca si pasaria ó no el rio, considerando la empresa que acometia en pasarlo con las legiones, hasta que al fin se decidió á hacerlo, y desde entonces fué considerado como enemigo de Roma y dió origen á la guerra civil.

Suetonio, acorde con Plutarco que refiere este hecho en la vida de César, no dice que los agüeros le fuesen adversos, todo al contrario, manifiesta que le fueron propicios, como que despues de su larga indecision se resolvió á pasar el rio exclamando: «La suerte está echada ya, sigamos adelante

hacia donde nos llaman las señales de los dioses y la iniquidad de nuestros enemigos.»

—La suerte es ya echada.
Júpiter y el cielo saben
que sigo justa demanda,
y que su César me llamo
en suerte buena ó contraria.
Pasa adelante furioso,
y su gente toda pasa
del vedado Rubicon
turbando las quietas aguas,
hasta que dió en Arimino
El primer lugar de Italia

«Romance de Gabriel Lobo Laso de la Vega.»

Barcelona.

V. JOAQUIN BASTÚS.

PENSAMIENTOS.

Si es que el hombre tiene derecho de envanecerse alguna vez, es por haber hecho una buena accion como debe hacerse; esto es, sin ningun bajo interés escondido en el fondo de ella.—*Sterne*.

La bondad de una accion depende del motivo que nos impele á hacerla. Si tiro un peso duro á un pobre con intencion de romperle la cabeza, y él lo recoge, y lo emplea en pan, vino y carne, el efecto físico es bueno; mas con respecto á mí, la accion es malísima.—*Johnson*.

Los verdaderos motivos de nuestras acciones, son como los verdaderos tubos conductores del viento en un órgano, que por lo regular suelen estar ocultos; al paso que se presentan á la vista del público otros tubos fingidos, pintados y dorados pomposamente.—*Colton*.

Una accion por medio de la cual nos grangeamos un amigo y un enemigo, es un juego al cual se pierde; porque la venganza es un principio mucho mas fuerte que el agradecimiento.—*Idem*.

La adulacion, fuera de ser mentira, es muy perniciosa; es la que esmalta los vicios y los hace preciosos.—*P. Eusebio Nieremberg*.

La adversidad, que abate á los débiles, engrandece á los fuertes.—*Conde de Segur*.

La afeccion hace mas daño á la cara que las viruelas.—*St. Evremond*.

Frecuentemente, el agradecimiento no es mas que un deseo secreto de recibir mayores beneficios.—*La Reche-foucauld*.

No esperes alabanza sin envidia hasta despues de muerto.—*Colton*.

Las almas heroicas son las únicas que conocen los afectuosos respetos que deben á los vencidos.—*Segur*.

Las almas verdaderamente nobles quieren deber sus distinciones al mérito, no al nacimiento, y sus empleos á servicios, no á abuelos; las al-

mas vulgares, cuyo número es bien considerable, piensan distintamente: esta es la razon porque la mayoría de los grandes es tan enemiga de la igualdad.—*Idem*.

La ambicion de gloria es vicio que se debe perdonar á los que saben merecer, y está cerca de parecer virtud en los soldados.—*Solis*.

Escoge temprano un amigo; porque la vida es corta.—*Pitágoras*.

Si no puedes hallar un amigo, busca al menos, un compañero en tu desgracia; á fin de aliviarnos mutuamente hablando de lo que os hace falta.—*Idem*.

Por todo lo no firmado,

R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografia de D. Juan José Martinez,
calle del Arco de Santa Maria, núm. 7.